

María José Codes

LOS INTACTOS

PRE-TEXTOS

NARRATIVA

Reunido el jurado de la XXV edición del Premio de Novela Breve Juan March Cencillo, formado por don Manuel Borrás, don Fernando G. Corugedo (secretario), don Javier Goñi, don José Luis de Juan y don José Carlos Llop (presidente) ha considerado, por mayoría, novela ganadora de este año *Los intactos*, de doña María José Codes.



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Imagen de la cubierta: *Brönte 13*, María José Codes

1ª edición: octubre de 2017

© María José Codes, 2017
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2017
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-textos.com

en coedición con:
FUNDACIÓN BARTOLOMÉ MARCH SERVERA



IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-17143-01-5

DEPÓSITO LEGAL: V-2557-2017

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

Para David

“Y así ha crecido la sospecha:
lo imposible
ya casi no soporta a lo posible.”

ROBERTO JUARROZ,
Poesía vertical

1.

Haré memoria. No guardo grabaciones ni diario alguno. Trataré de respetar la sucesión de los días, de visualizar lo mejor posible las escenas, de revivir las primeras impresiones. Hice algunas anotaciones sueltas en la agenda, intercaladas con el progreso del trabajo, sobre todo cuando pensaba que volveríamos pronto. Nada demasiado importante, palabras y alguna que otra frase. Servirán para mi reconstrucción de lo ocurrido. Los diálogos nunca se recuerdan con exactitud, serán aproximados.

Vamos en un tren, hace horas que viajamos. No es un tren moderno pero nos parece cómodo, tal vez a causa de las pastillas tras las sesiones de choque. El viejo de enfrente me escruta con el descaro de las personas mayores, ajenas ya a cualquier protocolo social.

Vigilo a Alicia. Cabecea. De vez en cuando se sobresalta, hace un barrido visual de sonámbula y vuelve a

cerrar los ojos. Recibe una dosis mayor que yo, así quedó acordado. Era lógico, soy más joven y fuerte. La monotonía del paisaje contribuye a adormecerla. Apenas notamos el movimiento y el traqueteo tiene una cadencia amistosa, un ruido blanco que invita al sueño. Hay algo perverso en esa seducción. Es como si el tren nos acunara y entonase una narcótica canción de cuna: duerme mientras te llevo a tu destino ineludible. El viaje promete y engaña, lo sabemos; aun así, qué otra cosa se puede hacer sino dejarse llevar donde sea, una vez comenzado.

De pronto, todo se viene abajo por un brutal frenazo. Hay gritos ahogados de pasajeros. El maletín de Alicia me cae sobre el hombro desde el compartimento superior. Le dije que no lo había colocado bien, pero no quiso aceptar mi ayuda, es demasiado orgullosa cuando se enfada. Alicia se ha golpeado con el cabece-ro del asiento y está aturrida, los ojos como platos. Nadie sabe por qué se ha detenido el tren en medio de un paisaje tan anodino y despoblado. En momentos así deseo conectarme y buscar la causa, pero le he jurado a Alicia que cumpliría las reglas.

Hemos debido de atravesar multitud de bosques de abetos, robles, hayas y abedules, según el mapa, pero ahora el paisaje que alcanzo a ver desde la ventanilla es lineal. El tren se pone en marcha de nuevo, muy despacio. Una sacudida lánguida, un cambio de agujas. No

parece haber daños graves entre los pasajeros, aunque sospecho que han caído más bultos sobre hombros y cabezas.

Por más que miro, a derecha e izquierda, no logro ver más que campiña y cielo gris. El raro tiempo estival del norte de Inglaterra. No sé dónde estamos, aunque sospecho que no debemos de andar lejos de la finca, llevamos demasiadas horas viajando.

Alicia está de nuevo ensimismada. Tiene sangre en los labios, pero ni siquiera parece notar el sabor. Sigue mirando por la ventana, con la boca medio abierta, absorta en sus pensamientos o en los recuerdos. Nos movemos en zona enemiga, pienso. Definir el concepto de zona enemiga es algo demasiado amplio y escuroidizo. En nuestra situación, enemigos son todos, toda persona que se empeñe en averiguar quiénes somos porque eso supondría explicar lo que no queremos, es todo tan reciente. La realidad misma será nuestra enemiga durante algún tiempo. El hecho de que el tren se haya detenido de forma tan brusca me hace preguntarme si alguien pasará por los vagones solicitando documentaciones. Eso dispararía nuestros mecanismos de defensa y no sería buen comienzo. Alicia debería temerlo también, pero cuando se inhibe así, ni siente ni padece. Podría retorcerle la muñeca y sólo lograría que la retirase, sin hacerme ningún reproche. De modo

que Alicia está en el tren sólo en cuerpo, no en alma. Me limito a sacar mi pañuelo, inclinarme un poco hacia ella y limpiarle la sangre de los labios con mucho cuidado para que no se sobresalte y me muerda los dedos sin querer. Sin querer.

Lo recuerdo. Alicia y yo viajando juntas como si fuésemos madre e hija, como si compartiésemos algo parecido a la intimidad, como si no tuviésemos nada que reprocharnos o nada que olvidar.

Una voz de mujer anuncia algo por megafonía. El viejo que se encuentra frente a nosotras estornuda estreptosamente y sólo oigo el final de la frase: "... en la estación durante cinco minutos". ¿Estación? ¿Qué estación? La voz femenina repite el mensaje y entonces sí, lo escucho con claridad y advierto con inquietud que es la nuestra, el lugar a donde nos dirigimos.

Para asegurarme, le pregunto al viejo si es así, si es cierto que hemos llegado, no veo otra cosa que pastizales desde la ventana. Lo confirma: "Claro, dense prisa si no quieren que el tren arranque con ustedes dentro".

Dudo unos instantes pero acabo zarandeando a Alicia, aunque sé que detesta que la toque y eso la irritará: "¡Vamos, Alicia! Hemos llegado. Ayúdame con el equipaje". Reacciona. Aprieta las mandíbulas y me mira con el gesto malhumorado que suponía. Enseguida comprende y, sin decir palabra, se agacha para coger con indolencia su desgastado maletín azul marino del

suelo, como si ella misma lo hubiese puesto allí en vez de colocarlo mal sobre mi cabeza.

“¡Date prisa!”, la empujo un poco hacia la salida, todavía tengo que alcanzar nuestras dos maletas grandes. Camina con su maletín sin mirar atrás y baja los dos escalones hacia un andén de pronto visible. De modo que sí, hay estación, aunque desde los últimos vagones no se veía. Dejo una maleta en la plataforma y me apeo con la otra, abultan demasiado. Una vez abajo me estiro para recuperar la que quedó arriba, pero el hombro me da un tirón y repliego el brazo en un acto reflejo. El tren echa a andar de nuevo, de manera silenciosa pero veloz, increíblemente rápida. Nuestra maleta viaja sola hacia quién sabe dónde, hacia Escocia, o donde quiera llevarla aquel que se apropie de ella. Es la maleta huérfana de Alicia, pero ella no ha podido ver lo ocurrido, se alejó en cuanto puso pie en tierra y acaba de entrar en la cantina de la estación.

2.

El dolor del hombro desaparecerá enseguida, o más bien lo olvidaré, sin duda gracias a la medicación. Recuerdo bien esos primeros minutos de nuestra llegada, el movimiento del sol y de las nubes, la insoponible moralidad del paisaje, la primera conversación

con Sykes. La memoria tiene un curioso modo propio de seleccionar fragmentos inútiles del pasado bajo los efectos de los narcóticos.

Cuando llego a la cantina, Alicia se está sirviendo un té mientras habla con un camarero con ropas de jefe de estación. Parece recobrada del golpe en la cabeza.

“¿Te duele?” Me toco mi propia sien.

“No ha sido nada, se me pasará”, dice con suficiencia. Y dejo de preocuparme.

“El tren ha dado un frenazo poco antes de llegar. ¿Ha ocurrido algo?”

“No, que yo sepa”, dice el hombre. “A no ser que haya sido por... las obras del desvío. Eso habrá sido.”

“¿Alguna reparación?”

“En el ferrocarril siempre hay obras”, dice. No le doy mayor importancia. Más adelante sabré la razón de su ambigua respuesta, pero no quisiera anticiparme, distorsionaría mi recuerdo. Es necesario que respete la secuencia de los hechos para comprenderlo todo mejor.

En la estación. Alicia parece ya restablecida y se comporta como una persona completamente normal, es decir, consciente de sus actos. Ella es el tipo de mujer excéntrica en el que no voy a convertirme. Su manera de vestir es como de otro siglo: falda larga, blusa vaporosa, sombrerito de fieltro..., una mujer sacada de un escenario romántico.

El camarero o jefe de estación se muestra amable con ella, cierto tipo de hombres suelen quedarse un

poco embelesados con Alicia. No es que sea guapa, no lo es, pero sabe mirar y sonreír de un modo muy curioso que a todos les resulta seductor. No es eso lo que aprecio más en ella, sin embargo.

“El señor Sykes dice que podemos llevarnos su paraguas si prometemos devolvérselo.” A mí. “Gracias, es usted muy amable.” A él.

Con que Sykes, ¿eh? Me asombra que se hayan presentado tan pronto.

No me había fijado en que llovía. En el frío, sí. Me figuraba que haría más calor en esta época del año. Traje ropa ligera y algún jersey, pero nada de abrigo. Temía incluso que hiciese demasiado sol. El final de la primavera es impredecible en esta zona del condado.

“Sólo llovizna, no creo que sea necesario, Alicia”, dije, o pensé decir.

Hay una televisión apagada. Busco algún dispositivo electrónico sobre el mostrador, pero no veo ninguno.

El jefe de estación –en efecto, este hombre no es el camarero, o no sólo, como comprobaré enseguida–, me pregunta si me apetece tomar un té a mí también, pero le digo que no, que nos esperan y vamos a llegar tarde. Alicia me mira con una sonrisa tras la que advierto un fulgor contenido de censura, pero me sigue. Confirma lo que he dicho y añade que nos esperan.

“¿Van ustedes muy lejos?”

Me irrita la curiosidad que muestra por nosotras, sin quitarle ojo a Alicia.

“A la finca del lago. Tenemos entendido que queda cerca de aquí, ¿no?”

El hombre dice que tan sólo a un par de kilómetros. Se ofrecería a llevarnos pero no puede abandonar su puesto de “jefe de estación” –*voilà*–. No le importaría cerrar la cantina, sólo para los viajeros y pasan pocos trenes: dos al día, dice, pero no se atreve. Algún inspector de la compañía podría presentarse para hacer un control de rutina y “ahora, más que nunca”, debe conservar su trabajo.

Juraría que si enfatiza ese “ahora”, etcétera, es sólo para que le preguntemos la razón de dicha situación crucial, se le notan las ganas de charla. Juega con la baza de nuestra cortesía. Cree que no vamos a dejarle con la palabra en la boca, justo cuando ha dejado caer la noticia de que atraviesa una etapa de necesidad en su vida. En lo que a mí respecta, se equivoca. Nada de comportamientos compasivos. Quiero marcharme, así que le digo que lo comprendo, que lo comprendemos –a Alicia, le gusta que hable en plural–, pero que debemos irnos cuanto antes.

“En realidad, seguro que podemos permitirnos tomar este té con calma, ¿no crees?”, dice Alicia mientras se quita el sombrero para colocarlo con esmero sobre la mesa. Una provocación. Sus pequeños desafíos me enfu-

recen. Mi mejor venganza contra ella es el autodominio. “De acuerdo. Entonces tomaré otro”, digo con un tono impasible que ella finge ignorar.

El jefe de estación no es tan mayor como pensaba. Me engañaron su forma de caminar artrítica y sus gafas de aumento. Dudo que llegue a los cuarenta. Va a quedarse inválido, ciego o las dos cosas, me digo, por eso teme perder el empleo.

“Su mujer está enferma”, aclara Alicia en voz baja.

“¿Te lo ha dicho?”

“Sólo lo supongo.”

“¿Y él? Puede que padezca una enfermedad degenerativa. ¿No ves cómo anda?”

El jefe de estación me sirve la leche en la taza y deja sobre la mesita la pequeña tetera de metal.

“¿Tienen wi-fi?” Alicia me dirige una mirada entre incrédula y asesina. Antes de emprender el viaje aceptamos prescindir de toda comunicación con el exterior, como parte de la terapia. Lo pregunto por pura revancha y quizá también por el síndrome de abstinencia, como quien deja de fumar y localiza las máquinas expendedoras de tabaco más cercanas. Es relajante saber que el objeto de deseo existe y está cercano; eso nos hace ganar seguridad, convencernos de que estamos firmemente decididos a mantenernos alejados de él.

Contra todo pronóstico, el jefe de estación me dedica una mirada culpable.

“Aquí vivimos como en el siglo pasado.”

Me gustaría seguir interrogando a ese hombre, pero Alicia me fulmina de nuevo con la mirada. Me he puesto en evidencia, y a ella también. Pago la cuenta y aprovecho para mirar con más detalle la trasera del mostrador.

“¿Dónde puedo consultar el horario de los trenes?”

“Puedo informarle de cuanto desee.”

Alicia se levanta y se coloca el sombrero: “Ahora sí creo que debemos irnos. Estoy cansada y no quiero que se nos haga de noche por el camino”.

El jefe de estación le alcanza el maletín con una sonrisa.

“Gracias. Espero que su esposa se recupere pronto.”

El hombre inclina un poco la cabeza y vuelve a sonreír. Ignoro si eso significa que el comentario le parece una pura formalidad, o que Alicia ha dado en el clavo y su mujer está realmente enferma. En cualquier caso, esto es algo que admiro en ella, su intuición, su facilidad para conectar con los problemas ajenos, su empatía con los desconocidos. Lástima que esa destreza suya sólo funcione con los extraños. Aunque no sería justo que fuese yo quien le hiciese semejante reproche.

“Llévense el paraguas”, insiste. “Si ya no llueve.” Parece empeñado en que establezcamos algún vínculo con él: “Puedo conseguirles lo que sea. Uno no imagina lo que puede faltarle hasta que lo necesita”. Me pregunto

si ya entonces sabría quiénes éramos o para qué íbamos a la casa del lago. Imagino que no estaba autorizado a decirnos que la estación iba a desaparecer.

3.

Nos ponemos en camino. Qué aspecto debíamos ofrecer: yo con mis vaqueros rotos, mi camisa gastada y el cabello crespo, más erizado que de costumbre por el viaje, arrastrando con desgana la maleta de ruedas; y Alicia, con su falda larga de seda salvaje, su sombrero romántico y su maletín, siguiendo mis pasos un par de metros por detrás. Dos personas de distinta época, caminando como hormigas a nuestro retiro temporal.

El sendero es estrecho y solitario, discurre entre campos parcelados por esos muros de piedra tan típicos de los valles. Más adelante, vemos un establo en ruinas, en cuyo interior la vegetación es espesa y tumescente. Pienso que, no muy lejos, habrá alguna granja, pero no hay nada más.

Antes de llegar le recuerdo a Alicia la norma principal: no dar nombres ni referencias que permitan mayores averiguaciones a desconocidos. Como si las peores amenazas no pudiesen ser otras.

El lugar quedaba al norte. Lo único que conocíamos del edificio rural era aquel grabado de la ventana que